

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

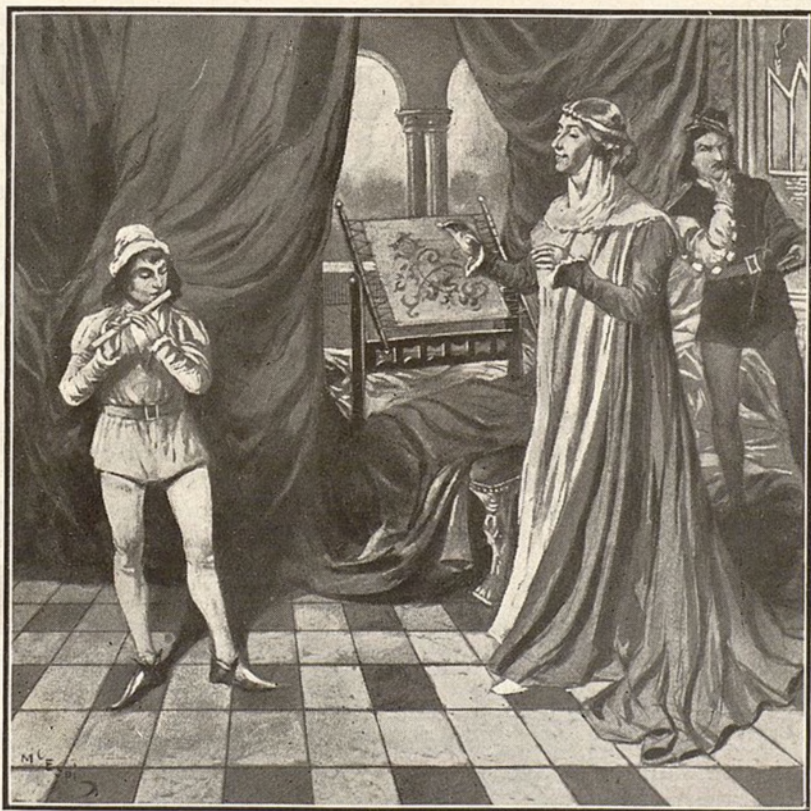


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 20 DE JUNIO DE 1909

NUMERO 77



LA FLAUTA MAGICA

CONCLUSIÓN

Bienvenido ejecutó la orden del mochuelo; sus manos asieron una primorosa flauta.

Tendiendo la misma hacia su extraño interlocutor, preguntó receloso:

—¿Y para qué puede servirme a mí esto si yo no soy músico...?

Un ruido indefinible, que bien pudiera producirlo el mochuelo

Ayuntamiento de Madrid

riendo á carcajadas, siguió á la cándida observación de Bienvenido.

Pasado aquel acceso de hilaridad, continuó el pajarraco:

—Lleva á la boca esa flauta, sopla, y así te enterarás si eres ó no músico.

Obedeció el rapaz y experimentó tanto asombro como placer al oír los armoniosos sonos que se producían concertando la música más original y encantadora que jamás hubo de oírse.

—¿Y esta flauta es para mí?—preguntó ansiosamente dejando de tocar.

—Sí, con ella lograrás en tu caminar por el mundo muchas más venturas de las que pudieras apetecer... Descansa lo que resta de noche, que yo velaré tu sueño, y mañana al despertar el día emprende la marcha á través de este bosque, á cuya conclusión te encontrarás en una hermosa ciudad. Toca la flauta siempre que necesites alguna cosa. Por oír tan maravillosa música las gentes proveerán con esplendidez á todo cuanto necesites. Para que no pierda su virtud tan prodigioso instrumento, has de ser bueno y agradecer á la Providencia tus bienaventuranzas. Y ahora, á dormir, que mis convecinos empiezan á rebullirse impacientes porque mi charla les desvela.

No habló más el mochuelo. Bienvenido, abrazado á la mágica flauta, quedése profundamente dormido.

11)

Encanto y asombro en las gentes de las ciudades y en aquellas otras más humildes y menos refinadas de los campos producía el infantil flautista al ejecutar trozos de una música jamás oída que deleitaba á cuantos tenían la dicha de escucharla, y piezas de oro, de plata y de cobre, según el bolsillo de cada oyente, llenaban al final de cada audición la gorra de terciopelo carmesí que tendía el portentoso músico.

Empujado por su afán de correr tierras, Bienvenido iba sin rumbo y al azar por ciudades y aldeas gozando más que con el dinero que recibía, con los aplausos que le prodigaban en todas partes, que el muchacho era del buen temple de los artistas que aprecian más un vislumbre de gloria que un puñado de oro.

Meses llevaba en aquel errabundo vivir, cuando cierto atardecer de un hermoso día de Mayo detúvose al pie de un castillo magnífico, y en vez de pedir entrada á son de bocina ó de cuerno, pidióla más artísticamente tañendo su flauta mágica.

A sus sonos, la castellana, hermosa señora rubia de ojos de esmeralda, asomóse á una de las ventanas del piso bajo de la fortaleza, y después de advertir quién era el músico mandó á uno de los escuderos á buscarle.

Bienvenido hallóse en presencia de la dueña del castillo, la cual, después de encarecer entusiasmada la sorprendente música que acababa de oír, díjole con acento de emoción intensa.

—Tu canción me ha hecho recordar el dolor más acerbo que he

experimentado en mi vida. Con ella adormía yo al hijo de mis entrañas que perdí muy niño aún en un largo viaje... ¿Quién te ha enseñado á ti esa canción...? ¿En dónde la has aprendido? Porque es milagroso que tú la sepas siendo yo quien la compuse hace ya muchos años...

Bienvenido contó á la dama la historia de su vida. Cuando llegó á la nebulosa de haber sido encontrado dormido en un bosque por la tía Milagros, la castellana le interrumpió diciéndole:

—Mi hijo también se perdió en un bosque por el fatal descuido del escudero que le conducía, el cual, temeroso de las funestas consecuencias que su falta podía acarrearle, huyó de mis estados antes de noticiarme lo ocurrido.

Y como guiada por súbita inspiración, la dama preguntó á Bienvenido.

—¿Encontró esa tía Milagros que tú dices, colgada de tu cuello, una medalla de oro con la Virgen del Carmen...?

—Sí—dijo sencillamente Bienvenido desabrochándose el jubón y mostrando la medalla.

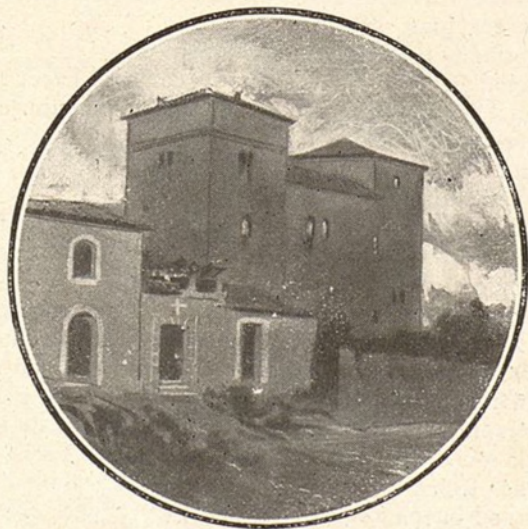
Al verla, la dama lanzó un grito, y rápida, vertiendo lágrimas de ventura, atrajo hacia sí al muchacho, y dándole su nombre murmuró con el acento inefable de una madre que recobra á su hijo:

—¡Vida mía...!

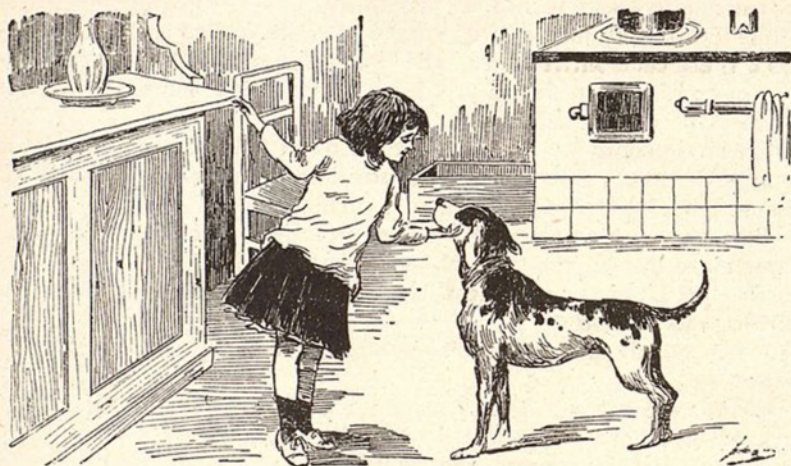
**

El mochuelo accedió en un todo en sus augurios. Bienvenido, al encontrar á su madre, alcanzó la ventura mayor que pudo soñar. Y por esto mismo, la flauta, la flauta mágica á la que debía todas sus bienandanzas, sonaba ya como la más vulgar de las flautas.

F. LAPRU.



Ayuntamiento de Madrid



LAS BONDADES DE NINI

XXXI

—¡Qué preciosa está la cunita de los niños de Piluca, carambital!
¡Cuánto encaje y cuántos lazos!

Yo la dije:

—Oye, Piluca, esta tarde que me deja mamá contigo, voy á jugar con tu hermanito y *Sultán*, porque en el colegio no tenemos chicos ni perros... Anda, diles que vengan. ¡Ah! oye tú; y además me vas á enseñar cómo guisas, ¿quieres?

—Sí—contestó Piluca.—Haré un plato de dulce y lo merendaremos... ¿Te parece bien, Nini?

—Muy retebién, Piluca. ¿Y qué harás?

—Pues haré... haré... haré... no sé; ¡como sé hacer tantísimas cosas de cocina...! Mira, Nini, yo sé confeccionar una cosa muy rica que se llama *brazo de gitano*.

—¡Qué asco!

—¡Quía, si es muy rico!

—¿Cómo lo haces ese brazo? ¿Y tiene mano?—pregunté.

—No, hija—contestó Piluca riéndose,—ni mano, ni dedos, ni uñas.

—Explicámelo, Piluca.

—Mira: Este exquisito postre consta de dos partes: el bizcocho y el relleno. El bizcocho se prepara mezclando bien cinco yemas con 125 gramos de azúcar y el agua que pueda tomarse en media cáscara de huevo. Añádense en seguida 125 gramos de harina y se mezcla, incorporando después, batidas por separado, las claras de los cinco huevos; se mezcla muy bien... y... ¡cataplún! ya está hecha la funda. Se moldea después sobre un papel haciéndola muy delgada y de forma rectangular, y se cuece al horno. Se hace el relleno con 150 gramos

de azúcar que se ponen en una cacerola con agua suficiente para cubrir al azúcar; á fuego lento se agita constantemente evitando que se pegue, y cuando toma punto de hilo se aparta. Se deshacen 12 yemas en un cacharro, y sobre ellas, á fuego lento, se echa poco á poco el azúcar, ya disuelto como se ha dicho, moviendo suavemente hasta que se espesa; se vierte entonces sobre el bizcocho extendiéndolo por igual, y se arrolla en forma de brazo antes de servirlo. ¿Qué te parece Niní?

—Que no entiendo ni pizca de eso hasta que lo coma.

—Bueno, pues ahí te quedas jugando con *Sultán* y mi hermanito mientras voy á hacer el *brazo de gitano*.

Se fué *Piluca* y nosotros nos quedamos jugando la mar de divertidos; es decir, *Sultán* no se divirtió mucho porque le pisé sin querer tres veces, y le tiré del rabo... queriendo otras tres.

Al cabo de un rato llegó *Piluca* diciendo:

—¡Anda, qué rico me ha salido el bizcocho, Niní! Voy á pedir á mi mamá las llaves para sacar una mantelería limpia, y en seguida merendaremos todos. *Piluca* salió y su hermanito se fué detrás de ella, y yo le dije al perro:

—¡*Sultán*! ¿Te atreves á venir conmigo á la cocina para probar el dulce que ha hecho tu amita?

El *Sultán* dijo que sí; es decir, á mí me pareció que decía que sí, y nos fuimos. ¡Qué bien! No había nadie en la cocina y empecé á buscar por todas partes; ¡nada! no parecía el bizcocho por más que tiré cacerolas y platos y fuentes; por más que volqué tarros y botes y todo lo que contenían dentro, no lo encontraba. ¡Qué tonta *Piluca*! ¿Dónde lo habría puesto?... ¡Ah...! Al fin lo vi en lo alto de un aparador que había en la cocina...

—¿Cómo lo cogeremos, *Sultán*?—pregunté al perro.

El no me contestó, pero meneó mucho el rabo y las orejas, y por eso supe que me había entendido.

—Pues mira, *Sultán*—continué,—es necesario que nos apoderemos de ese bizcocho para dar un chasco á *Piluca*; mira, yo te lo señalo: ¿Ves, *Sultán*? ¿Ves ese plato de cristal? ¡Ese es el bizcocho! ¡Arriba, *Sultán*, arriba! ¡Cógelo! ¡Cógelo!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





RELATOS DE CAZA

UNA PROEZA

En un lago de Birmania abundaban las aves acuáticas, y Mr. Mousellet, atraído por la esperanza de una magnífica caza, se embarcó en una canoa acompañado de varios indígenas. Remaban éstos y la rústica embarcación se deslizaba por las tranquilas aguas en tanto que Mousellet disparaba sobre cuantas aves se ponían al alcance de su carabina. Ibanse pasando así las horas sin que ocurriera nada digno de notarse, cuando, habiendo caído una pieza entre los juncos de la orilla, desembarcó uno de los indígenas para cobrarla, mientras que la canoa se mantenía quieta junto á la tierra. Estando en esta situación vieron en la entrada de un bosque, cuyas altas hierbas caían sobre el agua del lago en verde irrupción, un magnífico tigre que, andando perezosamente, avanzaba hacia ellos.

Los remeros, presas del pánico, desatendiendo las órdenes de Mousellet que quería esperar al desventurado indígena hundido entre los juncos, se contentaron con advertirle de la presencia del peligro y se dieron á remar hasta ponerse á una respetable distancia. Al oírlos vocear, el tigre se detuvo unos momentos y el mísero abandonado, saliendo espantado de entre los juncos, tiróse al agua y comenzó á nadar con todas sus fuerzas. El felino, dando un enorme salto, se lanzó en su persecución. Las aguas hervían en torno suyo. Sus patas las golpeaban

con furia y su ancha boca se abría como queriendo morder la espuma. El pobre indígena chillaba; pero, viendo que sus compañeros se alejaban sin hacerle caso, dábale por muerto, cuando Mouselet, abandonando la canoa, lanzóse al agua en su auxilio.

—¡Nada... nada hacia mí...!—le gritó el francés.

Así lo hizo el indio. Mouselet iba sin carabina llevando por toda defensa un agudísimo puñal que sus dientes apretaban convulsos. Al llegar junto al indígena volvió á decirle:

—¡Sumérgete y aléjate en seguida de aquí...!

El aludido no se hizo repetir la salvadora orden y así el tigre encontróse frente al valiente cazador. Siguieron nadando el uno hacia el otro, erguidas las cabezas y desafidores los ojos, y cuando la fiera



iba ya á lanzarse sobre su adversario, hundióse éste bajo el agua. El tigre se detuvo inquieto; pero, de pronto, retorcióse convulsivamente al mismo tiempo que á su lado surgía Mouselet empuñando el sangriento puñal. El felino, al verlo, se precipitó otra vez sobre él; pero éste repitió la maniobra de hundirse y de apuñalarlo nuevamente por debajo. En esta ocasión el acero se hundió en el pecho y la fiera, tras emprender la retirada y rugir y retorcerse, cayó muerta en el momento de llegar á la orilla. Cuando los indios, pasado ya el terror, se acercaron, Mouselet les reconvinó diciéndoles:

—Aquel que abandona á su prójimo en el peligro se hace reo de su desgracia...

José A. LUENGO.

Ayuntamiento de Madrid



EL GENERAL PICHEGRU EN UN RECONOCIMIENTO. CUADRO DE LALAUZE

El pintor se ha inspirado para componer esta obra en el relato de los historiadores de la primera República francesa. El general Pichegru era, según ellos, no sólo un buen militar, sino un policía avisado. El en per-

sona practicaba los reconocimientos necesarios para averiguar la pista del enemigo, sin perdonar medio alguno para lograrlo y recorriendo á veces los parajes más peligrosos.



LA EXPOSICION DE LA INFANCIA

En el Parque de Madrid, próximo al Observatorio Astronómico, se ha instalado esta Exposición notabilísima, no sólo por lo que es, sino particularmente por lo que significa.

En ella se presenta todo lo que puede resultar útil á los niños, desde su más tierna edad hasta que están á punto de ser personas mayores.

Hay un pabellón especialmente simpático, que es el de la Gota de Leche, en el cual pueden apreciarse los progresos y las ventajas de tan admirable institución.

Hay también, en otros pabellones, libros, material de escuelas, juguetes y labores delicadísimas que causan la admiración de los concurrentes.

A esta Exposición, cuyos organizadores merecen los plácemes que reciben, han acudido los Centros y Sociedades dedicadas á educar, instruir y proteger á los niños. Y también la que pudiéramos llamar oficial, que tanto debe al trabajo y al esfuerzo del insigne Tolosa Latour.

¡Niños y niñas, lectores de GENTE MENUDA! ¡Decid á vuestros papás que os lleven á esta Exposición, que os gustará mucho!

Ayuntamiento de Madrid



EL POBRECILLO ANTOLIN

(CONTINUACIÓN)

- SRA. Tráeme la botella de Málaga que quedó empezada.
- ANT. No está, señora.
- SRA. ¿Pues qué has hecho de ella?
- ANT. La puse en el aparador, y hoy no la he encontrado. Y estaba aquí... *(Va á abrir, y encuentra puesta la llave, que Judas ha dejado olvidada con la precipitación.)* ¡Ay, señora; otra llave!
- SRA. ¡Te la habrás dejado puestas! ¿Ves? Así son los descuidos.
- ANT. No, señorita. ¡La mía la tengo aquí!
- SRA. Antolín. En esta casa están sucediendo cosas muy raras.
- ANT. *(Preocupado y maquinalmente.)* Muy raras.
- SRA. Sumamente raras, Antolín.
- ANT. *(Lo mismo que antes.)* Sumamente raras.
- SRA. Pero tú repites todo lo que digo, como un lorito, y no explicas nada. ¿Tú qué opinas?
- ANT. Señorita, yo...
- SRA. Tú estás bastante más preocupado de lo que estaría un inocente. Aquí están ocurriendo cosas muy extrañas, y tú nunca sabes nada, que es más extraño todavía. *(La Señora repara en el sombrero que Judas se ha dejado sobre una silla.)* ¿Qué hace ahí ese sombrero? ¿De quién es?
- (Antolín coge el sombrero y se lo presenta á la señora.)* ¿Quién ha entrado aquí, que se ha dejado este sombrero de hombre?
- ANT. ¿Aquí? El criado de al lado... Blas... y el que estaba antes que yo... Judas.
- SRA. ¡Imposible! ¿Judas venir á esta casa, de donde salió... como yo me sé? Antolín, Antolín, te lo he dicho y te lo repito: tienes el gravísimo defecto de ser embustero.
- ANT. Señorita, yo la juro...
- SRA. ¿Que ha estado aquí Judas?
- ANT. Sí, señora.
- SRA. ¿Hace poco?
- ANT. Hasta que la señora ha vuelto.
- SRA. ¿Pues á qué ha venido?
- ANT. No lo sé.
- SRA. Tú nunca sabes nada.
- ANT. *(Muy afligido.)* Yo, señora...
- SRA. ¡Calla! Todo lo arreglas con hacer pucheros y poner esa cara de niño llorón. Lo que yo veo es que ó tú eres muy culpable ó eres cómplice de otros que lo son. ¿Callas, eh?
- ANT. La señora me ha mandado callar.
- SRA. Pues ahora te mando que hables. Explica esto que aquí pasa, ó seguiré creyendo que eres uno de tantos y que por

eso no te atreves á acusar á nadie. (*Antolín baja la cabeza.*) ¿Lo ves? ¿Ves como tengo razón? Pues hijo, esto no puede continuar así, y no continuará, ¿sabes? ¡Pues hombre! ¡No faltaba más sino que este muñeco se riera de todo el mundo! Ya sabes lo que te espera. Conque ahora tú verás si te conviene hablar ó seguir callando. (*Antolín lucha entre denunciar á sus compañeros ó sufrir el castigo. Dos veces va á hablar, y las dos se queda callado.*) ¿Nada, eh? ¿Continúas mudo? Pues esta tardé recoges tu ropa, y llevarás una carta para D. Donato.

ANT. Señorita, por Dios.

ESCENA XVIII

DICHOS, D. DONATO y el Sr. DE PÉREZ

DONA. He oído mi nombre, y en nombrando al ruin de Roma...

SRA. No puede usted figurarse lo que celebros que venga.

PÉREZ. Me lo encontré en esta calle, y me ha costado un trabajo improbo convencerle de que hoy debe comer con nosotros.

SRA. Sí, sí; tenemos mucho que hablar. Antolín, puedes retirarte hasta que se te llame. (*Antolín se retira después de besar la mano á D. Donato.*)

PÉREZ. ¿Pues qué ocurre?

SRA. No pueden ustedes figurarse el disgusto que tengo.

DONA. ¡Válganos Dios!

PÉREZ. ¿Pero pasa algo á los niños? Acaba por Dios, mujer.

SRA. No se trata de los niños. Se trata de Antolín.

DONA. ¿De Antolín?

SRA. Sí, señor. Por lo mismo que se trataba de un recomendado de usted, á quien tanto queremos, hubiera yo deseado que esa criatura fuera un modelo, y parece que lo hace el diablo.

DONA. ¿Se porta mal? (*Asombrado.*)

PÉREZ. ¡Bah! Serán cosas de muchachos. ¡Estanjovecillo el pobre!

SRA. No, no es eso. Para las travesuras de los chicos, y aun para las torpezas de su inexperiencia, tengo la mayor tolerancia.

DONA. Me alarma usted. ¿De qué se trata?

SRA. Se trata de que ese chiquillo es sobre todo muy embustero.

DONA. ¡Embustero, Antolín! Me extraña muchísimo.

SRA. Será desgracia nuestra que no se le haya presentado ese defecto hasta estar en esta casa; pero aquí no hay modo de sacarle la verdad. Cuando no acierta, sin duda, á inventar una mentira á su gusto, se calla como un muerto.

DONA. ¡Ah! Entendámonos. ¿Lo que hace es callar la verdad?

SRA. Eso.

DONA. ¿Y esa verdad podría perjudicar á otros?

SRA. Quizá.

DONA. Entonces permítame que la diga, mi excelente amiga, que todavía no sabemos si eso será defecto ó virtud.

SRA. ¿Virtud, D. Donato?

PÉREZ. ¿Virtud?

DONA. Virtud de sacrificio, que acepta el mal para sí, por no hacer daño al prójimo.

SRA. De modo que usted cree que hace bien.

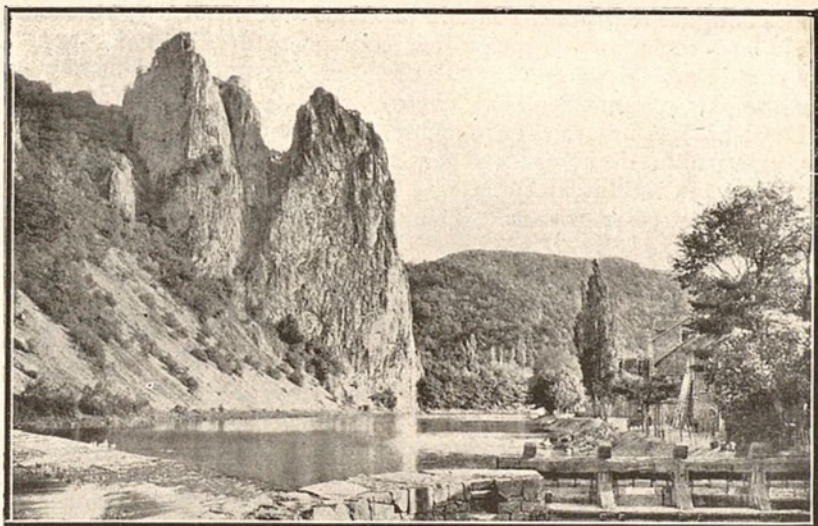
DONA. Yo no creo nada. Puede que el chico entienda mal sus deberes para con los amos; pero quizá que lo hace por no perjudicar á sus compañeros.

ISIDOR. (*En la puerta.*) Cuando los señores gusten. La comida está dispuesta.

PÉREZ. Ea, á la mesa; allí hablar mos.

DONA. Sí que hablaremos, y les propondré á ustedes un plan que se me ha ocurrido.

FIN DEL PRIMER ACTO



EL AMIANTO

El amianto, científicamente considerado, es un metasilicato doble de magnesio y calcio. Se presenta en forma de fibras largas, finas, flexibles, elásticas, untuosas al tacto, de color blanco ó verdoso y nacaradas, las cuales no se adhieren entre sí, ó son, por lo general, muy fáciles de separar las unas de las otras. Encuéntrase en los yacimientos de anfibolita, en los esquistos y en las piedras calizas; á veces está también en los cristales de cuarzo ó de espato calizo.

En España hay amianto en Asturias, en Gerona, en Almería, en Sierra Nevada y en las Alpujarras. En el extranjero preséntase en Córcega, en los Alpes, en Italia y en el gobierno de Perm, en Rusia, en donde forma una montaña entera. Donde más se explota esta materia es en el Canadá, en las minas de Quebec, descubiertas en 1878, las cuales dan la mayor parte del amianto que se emplea en el mundo, puesto que en 1888 produjeron 15.892 toneladas. Existe, asimismo, el amianto en América, en el Sur de Africa y en Australia. El que procede de Sall Morcutain (Georgia), es de fibras cortas y lisas; el del Canadá, de fibras largas—cinco á seis centímetros cada una—y rizadas; el amianto del Cabo de Buena Esperanza es más largo aún, su fibra es más fina y es mucho más ligero que el canadiense y que el italiano.

Antiguamente (lo emplearon los romanos en diversos usos) lo usaban para la preparación de telas incombustibles, en las cuales se envolvían los cadáveres de los altos personajes, con objeto de que sus cenizas no se mezclasen con las de la hoguera en donde sus cuerpos se quemaban, y poderlas luego encerrar en las urnas *cinerarias*. En Roma, en la biblioteca del Vaticano, se conserva un sudario de amianto.

Los antiguos fabricaban con ello manteles y servilleras y, para limpiarlos, se sometían á la acción del fuego. Cuenta Pausanías que la lámpara de oro del templo de Minerva, en Atenas, tenía la mecha de amianto para que no se gastase nunca.

Debe hacerse notar, efectivamente, que tiene la propiedad de no ser combustible, de no arder al contacto con el fuego, y sólo cuando se somete á la acción del soplete se funde sin arder, produciendo un esmalte de un color grisáceo. Tampoco lo atacan los ácidos, aun los más enérgicos.

Con objeto de prevenir que el fuego destruya los documentos que contienen escritos de importancia se ha intentado fabricar papel con amianto, sobre el cual hay que escribir con tinta que el fuego no ataque, pero estos ensayos no han dado todo el resultado que se perseguía.

En las fundiciones se usan blusas y delantales de amianto y caucho para precaverse de las salpicaduras del metal líquido y de las radiaciones del calor. Se usan en química cordones hechos con amianto para atar objetos que hayan de estar expuestos al fuego. También se emplean esos cordones para sujetar las *camisas* de los mecheros de incandescencia. Los tejidos de amianto se hacen hilando sus fibras con un poco de algodón, lana ó seda.

Para obtenerlo, se desmenuzan en máquinas especiales los bloques obtenidos mediante la explosión de barrenos, y, por procedimientos mecánicos, se separan las fibras largas de las cortas. Las primeras se usan para fabricar hilos, trenzas y cuerdas.

Cuando se trata de hacer cuerdas se suele hilar el amianto con alambre á fin de darlas mayor tenacidad, pues la que tienen es escasa, presentando, en cambio, la ventaja de que son muy resistentes á la acción de la atmósfera.

El amianto de fibra corta, mezclado con pasta de papel, sirve para hacer papeles y cartones, y éstos se utilizan como materia aisladora del calor, para cubierta protectora contra el fuego, para cierres en las máquinas de vapor, para las cajas de caudales, para decoraciones de teatro, etc., etc. Prensándolo á temperaturas muy altas, da una masa semejante á la porcelana.

El amianto pulverizado y mezclado con vidrio soluble y colores minerales, da una pintura resistente al fuego.

También sirve en química el papel de amianto para filtrar aquellas substancias que destruyen el papel ordinario que se emplea en esos usos, ó que se han de filtrar estando muy calientes. En medicina sirve el algodón de amianto como antiséptico.

Mezclándolo, una vez pulverizado, con cal, yeso ó cemento, forma un buen mortero que se aplica para enyesar las paredes.

Para terminar, diremos que 12.000 metros de tela fibra de amianto pesan un kilogramo

JUAN ANTON.

UNA LECCION DE BALOMPIE



Juanito y Pantaleón
quieren tener un balón.



Su papá, como es muy justo,
les da al momento ese gusto.



Van al Retiro en seguida
á jugarse una partida.



Un sitio muy apropiado
su papá les ha buscado.



Y allí juegan decididos,
contentos y divertidos.



Con el balón de repente
te dan un golpe en la frente.



Y aunque no es la cosa extraña,
con dulzura les regaña.



Pasada ya la emoción,
les va á dar una lección.



Sostenido sobre un pie
da al balón un puntapié.



Mas lo dió con tanta fuerza,
que es natural que se tuerza.



Por recoger su sombrero
parece un volatinero.



Y alegre el público grit:
«¡Superior! ¡Que se repita!»